

# La ciudad: ritmos y narraciones cotidianas

WILLIAM DE JESUS ORTIZ JIMENEZ<sup>1</sup>

Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, Colombia

## RESUMEN

*La ciudad, en sus ritmos y narraciones cotidianas, presenta una visión de los aspectos más significativos de cómo aparecieron las primeras poblaciones en las cuales se asentaron los primeros pobladores urbanos y cómo se conformaron las grandes urbes de hoy. Es una narración que tiene en cuenta la historia, la dinámica de la estructura arquitectónica, las tradiciones, costumbres, formas de vida de los primeros poblados y la proyección que éstos tuvieron en la vida urbana actual.*

*El ensayo gira en una dimensión lineal, teniendo en cuenta espacios, tiempos, vida cotidiana y los diferentes ritmos que asume la ciudad en su acontecer histórico. Por tanto, más allá de una reflexión en cuanto al tema urbano, de lo que se trata es de una compilación sobre el mundo de la vida y la ciudad como alma de la historia urbana.*

## ABSTRACT

*The rehearsal, The City, Rhythms and Daily Narrations, he/she makes a historical journey of the city from the first ones that were founded in half fertile moon, being considered the first of them Jericó, until the contemporary Ecumenópolis.*

*The author leans on in Chueca Goitia's theories, Peter Hall, Castell, Thin Manuel, George Duby, among others. This way it is able to consolidate their proposal, which consists on presenting the city like that dynamic, changing cultural space, full with rhythms and transformations, until being constituted in the spaces of cultural integration that exist at the present time.*

*This way, the city, was being configured until becoming in kind of a salvation for the humanity. In this sense, it is that the course should be observed of happening urban: since the first towns arise due to the necessities of the men and the women, until the appearance of the cities like forms of human expression. He/she is born, then, the educating city, narrated politics, dreamt, imagined, and that he/she gives configuration to the rhythms and daily narrations here expressed.*

## INTRODUCCION

La historia de la ciudad está plagada de interpretaciones, teorías y supuestos que van más allá de la imaginación de unos, y de la realidad, de otros. Así, entre debates y narraciones es indiscutible que la ciudad dio origen a un modo de vida denominado “civilizado”, otros dicen que de cultura urbana. Un modo de vida que se inició cuando hombres y mujeres dejaron, hace cerca de nueve mil años, su existencia cómoda, plácida y realmente libre, para asumir el reto de vivir enclaustrados entre edificios y calles sin fin.

El estilo de vida urbano parece ser que se inició hace 8.000 años antes de Cristo<sup>2</sup>, en las denominadas aldeas o tribus, que decidieron agruparse y seguir otras costumbres y formas de producción económicas distintas, como lo es el caso de la vida sedentaria.

¿Qué razones tuvieron aquellos primeros grupos humanos para agruparse en un espacio tan pequeño y privado de la libertad como lo es la ciudad?

No hay que pensarlo mucho: un sinnúmero de nómadas dispersos, solitarios, a merced de los cambios climáticos, los desastres naturales, las guerras territoriales y los efectos del aislamiento, encuentran la fórmula de salvación a través de la unión grupal. Esta nueva situación implicó más seguridad y menos vulnerabilidad frente a las condiciones adversas. Las catástrofes, el hambre, los fríos intensos, serían más llevaderos si la ciudad estaba protegida y si los grupos permanecían unidos. Asimismo, en caso de ataques esporádicos, es más fácil vencer por el aislamiento del nomadismo que por la unión del sedentarismo.

Más allá de lo que implicaba la protección, la ciudad brindaba una gran variedad de ocupaciones que facilitaron la realización personal y cuando los trabajos eran reconocidos en la sociedad.

Es decir, las dos únicas opciones de trabajo: cazador o recolector, se multiplicaron a varios oficios no sólo domésticos, sino también del orden artesanal, comercial y hasta arquitectónico.

<sup>1</sup> Licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad Pontificia Bolivariana Medellín y Magíster en Ciencias Sociales de la Universidad de Antioquia.

<sup>2</sup> Hamblin, Dora Jane. Las Primeras Ciudades. Barcelona: Folio Nº 27. 1995, p. 9.

La vida urbana empezó a ser seductora y atractiva, para una especie que estaba en vía de extinción por los aspectos antes señalados.

En estas condiciones se perfila la ciudad y se consolida en los años 3500 al 2500 a. de C., según las excavaciones realizadas en los valles del Tigris y Eufrates. La ciudad, en la opinión de los franceses Garnier y Chabot, se constituyó “cuando la gente experimenta la sensación de habitarla”<sup>3</sup>, situación que obedece a la idea de un espacio universalmente aceptado, una población definida y un criterio de vida compartido.

### LAS PRIMERAS CIUDADES

Las diversas informaciones sobre la conformación de las primeras ciudades apuntan a que éstas surgieron 8000 años a. de C., siendo las más antiguas Sumer, Babilonia, Nínive, Karnak, Ur y Jericó, aunque todo indica que esta última fue la primera población de que se tenga noticia; según dice Bernal John, “sus muros de albañilería son de un período tan primitivo que ignoraba la cerámica. En la Mesopotamia Inferior es posible advertir una transición de las aldeas a pequeñas ciudades edificadas en el mismo lugar. Otras fundaciones posteriores de ciudades parecen estar presididas por la idea o incluso la experiencia de lo que la ciudad tenía de ser...”<sup>4</sup>. Si la anterior versión se ajusta a las cábalas históricas, no queda duda de que el origen de las primeras ciudades obedecía al orden natural de los ríos Tigris y Eufrates, o aquellos que bordean otras zonas propicias para los asentamientos humanos. Además, se han considerado otras dos variables básicas en la conformación de estas primeras ciudades, como son la agricultura y la vida sedentaria.

Ciudades construidas a base de piedras y material de este tipo, como lo fue Tell Mureybit, un poblado de Siria del 8000 a. de C., cuyos habitantes se dedicaron principalmente al cultivo de frutas silvestres, a la caza y al trabajo con huesos de animales. Otro lugar de este tipo es el llamado Shanidar, en Irak, del 9000 a. de C., en donde se encontraron cultivos de plantas y el uso de metales. No se puede desconocer la fuerza que tuvo como nicho ecológico y poblacional el Jardín del Edén, lugar de indiscutible belleza natural y descanso poblacional, como bien lo narran los relatos bíblicos.

<sup>3</sup> *Ibid*, p. 14.

<sup>4</sup> Bernal, John D. Historia Social de la Ciencia, citado por León Guarín, Libardo. La Ciudad fraguada. Sociología del Espacio Urbano. Bucaramanga. S.E 1992, p. 106.

Estos primeros poblados se convirtieron poco a poco en receptores de gentes de diversas partes, se ampliaron los oficios de recolección y cultivo junto a la función arquitectónica y metalúrgica, así, la vida urbana se hizo más compleja, más dinámica.

El caso típico de esta situación es Jericó, que inició su fortaleza urbana con base en el diseño arquitectónico hacia el año 10.000 a. de C.

Años después aparecen las rutas comerciales entre los centros urbanos ya conformados, aunque se considera que éstos surgieron antes que las ciudades. La fecha más aproximada es el año 8000 a. de C., que consolidó las primeras urbes. Lo que muestra, una vez más, que las ciudades surgieron gracias a la actividad comercial.

Jane Jacobs, una estudiosa del tema, dice que a lo largo de esas rutas comerciales, hoy interrumpidas, se realizaron intercambios de ideas, tráfico mucho más difícil de definir. “Los hombres y las mujeres que andaban, navegaban o conducían carromatos de bueyes no sólo transportaban alijos de valiosas mercancías, sino que también transmitían sus ideas acerca de las divinidades, la política, las técnicas, el artesanado y los sueños. Por donde quiera que pasaban, comunicaban la imagen excitante y misteriosa de un mundo más amplio”<sup>5</sup>.

Esto significa, según la autora, que los intercambios no sólo llevaron a forjar ciudades, sino que configuraron la personalidad de sus habitantes en un conglomerado de individuos laboriosos, curiosos, apáticos, perezosos unos, aventureros los otros; soñadores los demás y ávidos del saber, el resto. La ciudad acogió en su seno las divinidades del poder absoluto, como lo fue Marduk, dios de Babilonia y Asur, dios supremo de los asirios, quienes fortalecieron la fe en la pervivencia del alma después de la muerte.

Característica fundamental en estas primeras ciudades fue la escritura, que hizo posible la narración de los sueños e historias, el arte y la literatura y un sinnúmero de crónicas de aquellos tiempos.

### Y ENTONCES... ¿QUE ES LA CIUDAD EN LA ANTIGÜEDAD?

El criterio indiscutible para otorgar el título de ciudad en aquellos tiempos estaba basado en la capacidad comunitaria para embarcarse en la ela-

<sup>5</sup> Hamblin, *op. cit.*, p. 20.

boración de obras públicas, llámense monumentos, canales de irrigación, templos, murallas. De ahí radica la gran diferencia entre los primeros aldeanos y los primeros habitantes urbanos.

Esa organización comunitaria continúa expandiéndose hacia la forma y características que toman las ciudades griegas, romanas y posteriormente, las medievales.

¿De dónde viene entonces la ciudad? Parece ser que la ciudad viene, en primera instancia, de la necesidad que tienen el hombre y la mujer de agruparse y en segundo lugar, de la misma creatividad del individuo. No como iniciativa del hombre, sino éste como producto. Veamos dos postulados al respecto: Cabrera Infante<sup>6</sup> plantea que “el hombre no inventó la ciudad, más bien la ciudad creó al hombre y sus costumbres. Urbanidad viene originalmente de la palabra latina para la ciudad. La ciudad como la conocemos se originó posiblemente en el Asia entre el sexto y el primer milenio antes de Cristo. Pero es en Grecia donde la ciudad-estado o polis que la idea de ciudad llegó a su cumbre con lo que Aristóteles llamó “una vida común para un fin doble”.

Con respecto a lo anterior, que la ciudad creó al hombre, es porque en el ámbito urbano, se proyectan, adquieren y estipulan una serie de costumbres, ritos, creencias, formas de vida que sólo ocurren en ese lugar y en diversos instantes. Una ciudad, como se ha venido planteando, adquiere su madurez política cuando es, a la vez, civitas y estado, es decir, cuando tiene un grupo de pobladores que la definen y consolidan políticamente; de ahí la expresión aristotélica citada por Cabrera Infante.

El segundo postulado plantea que “la ciudad en el mundo árabe es el oasis en el desierto, la vida en medio de la muerte; la ciudad nace donde hay agua –y no mares de metal como en la ciudad de bronce– y allí están los árboles, los asentamientos humanos y las ciudades con sus mercados (zocos), sus centros de poder, sus edificios religiosos (mezquitas) y sus baños públicos (hamman)”.

Parece ser, según lo anterior, que la ciudad obedece a un fenómeno natural que propicia las condiciones para que los individuos desarrollen allí sus actividades. Es una creación isomorfa que favorece tanto al hombre como a la ciudad misma. Esta vieja tradición, de fundar ciudades cerca de los ríos, mares o zonas fértiles, tiene caracte-

rísticas muy similares en todas las civilizaciones, no sólo en las del mundo árabe, sino en América, Asia y Europa.

Las primeras ciudades no escaparon de proporcionar a sus miembros lo que bien podría ofrecer una ciudad actual: los centros de reunión, los lugares de encuentro, de acuerdo con Pirenne<sup>7</sup>, la celebración del culto, la existencia de mercados, las asambleas políticas y judiciales imponen, necesariamente, la designación de emplazamientos destinados a recibir a los hombres que quieran o deban participar en los mismos<sup>8</sup>, trascendencia que viene a través de la historia y que se practica en los actuales centros urbanos.

La necesidad de agrupación, unión y fortalecimiento de lazos de solidaridad, tal y como se ha venido analizando a través de este ensayo, consolidó no sólo la idea que los primeros hombres y mujeres traían consigo, sino que desarrolló aún más el espacio territorial. Una nueva calle tiene todo un significado histórico, mítico y hasta político en muchos casos.

Continuando con la propuesta de Pirenne, expone que “la acrópolis de los griegos, las oppida de los etruscos, los latinos y los galos, las burgen de los germanos, los gorods de los esclavos no fueron en un principio, al igual que prais de los negros del Africa del Sur, nada más que lugares de reunión, pero fundamentalmente refugios”.

Es decir, los centros de reunión ocasionales se convierten posteriormente en un centro administrativo, religioso, político, cultural, económico, donde acude toda la tribu. Así se “bautizaban” las primeras ciudades, o cités, en términos franco-parlantes.

## EL PASO A GRECIA

La reflexión que se ha venido estableciendo en torno al origen de las primeras ciudades pone de manifiesto que sin éstas, esto es, si no hubiese ocurrido una primera forma de vida sedentaria organizada cultural y urbanísticamente, no tendríamos las grandes urbes de hoy. Todo lo posterior –en cuanto a ciudad se refiere– a las ciudades-estado de la civilización sumeria, es decir, las formas de vida, las costumbres, las ceremonias, las estratificaciones sociales, las acciones militares,

<sup>6</sup> Cabrera Infante, Guillermo. *El Libro de las Ciudades*. Madrid: Alfaguara. 1999, p. 13.

<sup>7</sup> Pirenne, Henri. *Las Ciudades de la Edad Media*. Madrid: Alianza Editorial (11ª edición). 1997, p. 40.

<sup>8</sup> Rojas López, Manuel Bernardo. *Lo Cursi y la Ciudad: Los Sofistas Escandalosos y las Escrituras sin Sentido*. En: *Revista Universidad de Medellín* N° 68 (Mayo de 1999).

los diferentes tipos de trabajo, el arte, la vida cotidiana y la misma civilización urbana de hace 5.000 años, presagiaban lo que sería la vida y cultura urbana en el siglo XX. Ese modo de vida “civilizado” comenzó con las primeras comunidades sedentarias.

El anterior fue un paso definitivo también en el surgimiento y aparición de la vida urbana en Grecia. Ya Aristóteles había considerado que la ciudad es un cierto número de ciudadanos<sup>9</sup>, apreciación muy ajustada a la vida política, cultural y social que le correspondió vivir al filósofo. Es más: la manera de pensar la ciudad griega no puede separarse del razonamiento filosófico. La obra de la ciudad como tal, recordando a Lefebvre, continúa en concordancia con la obra del filósofo. Es una reflexión simultánea donde se comulgan lugares urbanos, espacios, tiempos, dioses y mitos, ritmos de la ciudad y el cosmos como unidad.

Así, el concepto de ciudad antigua como lugar de aglomeración para la defensa y la protección perdió la razón de ser en el sentir de la Grecia clásica. No se manejan los mismos espacios; las costumbres y vida cotidiana eran diferentes y, como se puede analizar, “la ciudad había dejado de ser el amasijo de viviendas humildes dominadas por el palacio-templo de un rey divinizado para convertirse en una estructura más compleja en la que dominaban aquellos elementos que eran el disfrute general: plaza, mercados, pórticos, edificios de la administración pública, teatros, estadio, etc.”<sup>10</sup>

En Grecia aparece el ágora como centro cultural, político y nervio vital de la ciudad. En torno a éste se construía el *eclesiasterón*, una especie de asamblea pública, que congregaba a todo el interesado en saber cómo transitaba la vida en Atenas; también estaban el *bouleutérion* o asamblea municipal y el *prytaneirion*, reunión de la cámara municipal. Por lo tanto, dado este orden político, no era necesario ningún palacio abrumador y esplendoroso, como lo hubo en Egipto, China y demás civilizaciones de la Antigüedad.

No había que representar el poder o la autoridad de un jefe mediante obras majestuosas. En Grecia, las grandes obras obedecían al logos mismo, al pensar, al gozar, lo que bien se ha denominado *agorazein*. El ritmo de la ciudad no es más que el ritmo del filósofo. Los cambios que en ésta se gestan tienen sus raíces en la manera como se

concibe la vida política, la religión, la cultura y hasta la concepción frente a la muerte.

Chueca Goitía afirma que urbanísticamente las ciudades del imperio romano heredaron toda la connotación griega: de ellas tomaron el trazado urbano, la red de alcantarillado, los servicios, los mercados... pero como una diferencia radical: le faltaba el logos, el pensar la ciudad con fines filosófico-políticos.

Algo que sí tuvieron muy en cuenta los romanos en la construcción de la ciudad era el derecho al nuevo mundo, al nuevo orden cultural o nueva tierra, de ahí que “cuando los romanos fundaban una ciudad, cavaban un pequeño foso llamado *mundus* y en él, los jefes de las tribus de la nueva ciudad iban depositando un puñado de tierra del suelo sagrado donde yacían sus mayores. Desde este momento, la nueva ciudad era también *Terra Patrum, patria*”.

Esta visión de patria tiene una interpretación política bastante profunda que rompe con el esquema griego: el *pater patrie* asume el control absoluto sobre la *civitas romana*.

## LA TRANSICION AL MEDIOEVO

Las ciudades griegas y romanas fueron sufriendo una transición que la historia reconoce para bien o para mal. No se podía seguir pensando la ciudad al margen de los avatares socioeconómicos y políticos. La ciudad mostró otra faceta y expandió el llamado progreso técnico bajo la batuta del orden religioso y asumió una actitud más civilizadora. A simple vista se percibía piadosa y generosa, como bien lo plantea George Duby, al referirse a las ciudades de la Francia rural-urbana, pero en el fondo los *beneficentia* eran de cómo consumir más, producir más y atraer más. Dice Duby que “el paisaje rural se salpicó de torres y de campanarios, emblemas de la soberanía cuya consagración en el espacio urbano afirmaba en otro tiempo la exclusiva dominación de la ciudad. A esta dispersión del poder es a lo que llamamos *feudalidad*”<sup>11</sup>.

Una especie de anomia, caos y conflicto, rural-urbano, es la que traza las directrices de la ciudad. Esta aparece como la ordenadora del desorden, el culmen de la civilización, el dominio de lo natural. En otras palabras, la victoria de la cultura.

<sup>9</sup> Chueca Goitía, Fernando. Breve Historia del Urbanismo. Madrid: Alianza Editorial. 1998, p. 7.

<sup>10</sup> *Ibid*, p. 52.

<sup>11</sup> Duby, Georges. Francia Rural, Francia Urbana. En: Sociología 21. Revista de la Facultad de Sociología de UNAULA (Julio de 1998), p. 15.

Las ciudades de los muertos –necrópolis en el ámbito griego– dieron paso a un suburbio, en el cual ricos y pobres se disputaban el territorio e inician la construcción de grandes monumentos públicos en honor al poder de la nueva clase dominante. Esta es la nueva vida urbana, localidades donde el comercio y la fabricación predominaban sobre el trabajo de la tierra<sup>12</sup>.

¿Qué características tienen, entonces, las ciudades de la Edad Media? Es una ciudad descompuesta víctima de su propio invento. La secularización, la separación campo-ciudad, la individualidad la iban caracterizando en los siglos XI-XII, producto de su expansión; la asfixia que genera a través de las épocas, la denotan y demarcan. Es una prisión de la cual nadie escapa.

Se percibe “en la ciudad medieval un gremio autogestionado en cada parroquia; la propia ciudad no era más que una unión de jurisdicciones, calles, parroquias y gremios y, a la vez, un estado libre”<sup>13</sup>.

La visión sobre un “estado libre” también la considera Kropotkin al expresar que gracias al impulso del libre acuerdo y la libre iniciativa se desarrolló una nueva civilización, que consiguió una expansión no vista hasta ahora, y que sólo se compara con el período glorioso de la antigua Grecia. Según Kropotkin, nunca en dos o tres siglos el hombre había hecho un cambio tan profundo ni extendido su poder sobre las fuerzas de la naturaleza<sup>14</sup>.

El paso que dio la sociedad hacia la conformación de las ciudades medievales, a pesar de ser reconocido como glorioso por el autor arriba citado, también estuvo marcado por lo que bien reconoce DUBY “la armadura de la ideología”. Se concibió la ideología del progreso, de mejores valores, de la igualdad, la libertad, la productividad, el aprovechamiento del tiempo, aunque en realidad la formación de la nueva sociedad urbana medieval rechazaba la cultura campesina por su reconocida inmadurez, vulgar y hasta con síndromes de bestialidad, como bien ocurrió en las ciudades del medioevo francés. Aunque en el fondo, la ciudad fue una depredadora de diverso orden y se apropió, en el oscurantismo medieval, de la riqueza rural, que luego se dilapidó en las

arcas de la naciente burguesía y en derroches sacrosantos. Otra gran característica de la ciudad medieval, en consideración de Pirenne, es la adquisición de la libertad que gana el ciudadano. El derecho a la *cité*, a una religión común, a la ocupación de un lugar en la sociedad. Según lo relatado por Pirenne, en lo sucesivo basta con residir permanentemente en la ciudad para adquirir la condición de libertad. Todo siervo que durante un año y un día haya vivido en el recinto urbano la posee a título definitivo<sup>15</sup>.

¿Es tan importante la libertad en la ciudad? No hay duda que, gracias a ésta, tanto los merecidos, los burgueses y los siervos que la adquirían, gozaron de los mismos derechos: es un bien común. Ya no existe la diferencia radical entre burgués y hombre libre, son sinónimos, especialmente en la alta Edad Media, y es por lo tanto, la libertad, un atributo inseparable del habitante ciudadano.

Pero no es sólo una libertad personal, sino también territorial, porque el suelo “en la ciudad” pasa a ser un área comercial. No puede haber tierra sin provecho económico, lo que conlleva al territorio a convertirse en un instrumento, en un bien del naciente mercantilismo. De la anterior apreciación nace la definición de Pirenne, en cuanto que la ciudad medieval es como “una comuna comercial, industrial que habitaba dentro de un recinto fortificado, gozando de una ley, una administración y una jurisprudencia excepcionales que hacían de ella una personalidad colectiva privilegiada”<sup>16</sup>.

El anterior fue un derecho que se ganó la ciudad medieval, conocido como el derecho urbano, porque el fenómeno de la expansión, el crecimiento desmedido y los problemas rurales, provocaron las aglomeraciones de gentes de todas las procedencias, desarraigados, vagabundos, aventureros, que llegaron a la ciudad en busca de la libertad soñada. Por lo tanto, se hizo necesario incrementar la seguridad y crear ciertas leyes que le dieran protección al ciudadano. Así aparecen las primeras comunas sancionadas por un juramento, lo cual supone una *conjuratio* de toda la población urbana<sup>17</sup>. Es una ciudad glorificada, adornada con las cosas de Dios, donde el campanario anuncia un nuevo orden moral y una disciplina rigurosa.

Ocurre, entonces, que el mismo desarrollo hace que las ciudades opten por exclusividades políticas, señoriales y culturales, lo que genera una rivalidad entre ellas, reconociéndose como enem-

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 9.

<sup>13</sup> Hall, Peter. *Las ciudades del Mañana* (traducción Consol Freixa). Barcelona: Ediciones del Serbal. 1993, p. 154.

<sup>14</sup> Kropotkin. *The State: Its Historical Role*. Fifth. Londres: Freedom Press (1920 pp. 14-19) En: Hall, Peter. *Las Ciudades del Mañana* (traducción Consol Freixa). Barcelona: Ediciones del Serbal. 1998, p. 154-155.

<sup>15</sup> Pirenne, Henri. *Las Ciudades de la Edad Media*. *Op. cit.*, p. 126.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 25.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 131.

gas, en busca del reconocimiento individual, no colectivo.

¿Qué aparece en este caos urbano? Dos aspectos son fundamentales en este caso: el primero de ellos, es que la ciudad no alcanzó a desaparecer en su totalidad al iniciarse el medioevo, sino que es recuperada por comunidades religiosas que hacen de ella un espacio propicio para sus prédicas, en contra de las supuestas herejías de la época. Ahora es un espacio de evangelización. Es un hecho que ocurre en los siglos XI y XII, como bien lo argumenta Duby, cuando dice que “se multiplicaron ‘los núcleos preurbanos’, como consecuencia de la disociación feudal. Apareció en medio de los campos compitiendo con las ciudades antiguas: las abadías que habían sabido atraer a los peregrinos alrededor de sus relicarios, algunos capítulos canónicos mejor situados, las fortalezas en las cuales los jefes habían colocado vastos territorios bajo su sujeción. En la puerta de este cerco de murallas, religiosas o militares, germinaron caseríos”<sup>18</sup>. Aunque bien se sabe que los “núcleos preurbanos” existieron mucho antes, así como lo fueron en la Edad Media y lo son ahora.

El segundo aspecto a tener en cuenta es que la ciudad se convirtió en una especie de imán, es tentacular, captura bienes que la hacen opulenta, reconocida, inmensa ante los ojos de los hombres y las mujeres. Sufre un vuelco mediante el cual el lugar donde predominaba la servidumbre asume un aire más libre. Todos quieren como aposento la ciudad, y ésta irradia a su alrededor la sombra de la felicidad. Este aspecto hace que para los siglos antes mencionados las ciudades obtuvieran el primer lugar en importancia, aun por encima de la institución de los Estados.

La idea, entonces, de vivir en la ciudad es apostarle a la felicidad y tiene sus raíces en el fenómeno urbano descrito anteriormente, pero en cierta medida se acentuó la originalidad del género de vida urbana.

El punto final al análisis sobre la ciudad medieval parece entenderse mejor cuando se leen las palabras de Fernando Chueca: “La ciudad medieval es un medio homogéneo y a la vez plenamente identificable en todas sus partes. No hay nada en ella que disuene ni rompa su sutil tejido, y, sin embargo, ninguna calle se confunde con otra, ninguna plaza o plazuela deja de tener su propia identidad, ningún edificio deja hablar su propio lenguaje, eso sí, perfectamente jerarquizados y so-

metidos por su significación y valor simbólico a los grandes monumentos representativos que dominan en volumen, escala y excelencia”<sup>19</sup>.

## EL TRASCENDER HISTORICO

La ciudad nunca se ha estancado, su desarrollo ha sido permanente, por eso cuando se observan las ciudades griegas o romanas lo que se percibe es una acumulación histórica. Nunca habrá ciudades totalmente modernas, ni totalmente antiguas, cada época pone un tanto de la modernidad de su tiempo. De manera que la ciudad responde a un momento histórico definido, asume de éste tiempos, ritmos, costumbres, tradiciones y los proyecta a otra época. Definen, las ciudades, lo que Juan Marías llama la sociabilidad. Es decir, una sociedad es tal gracias a sus ciudades.

Aunque hubo un momento en el cual la ciudad asume un papel secundario frente al Estado, me refiero al mundo barroco, esto no incidió para que ella materializara drásticamente en su forma tangible el reflejo de lo que era la realidad superior. Esto es, la ciudad era el fiel reflejo de lo que proyectaba el Estado.

Luego, con la aparición de la revolución industrial, cambia la mentalidad del orden, de lo estético, por la del utilitarismo. Las propuestas económicas del libre cambio permitieron que hombres y mujeres fueran seres más individuales, convencidos de aumentar la riqueza material por todos los medios posibles y así, los valores estéticos, creativos, humanos, éticos y demás quedaron supeditados a un segundo plano. Lo que interesó en esta época no fue más que la producción, sin importar condiciones de vida, ni mucho menos la forma y el desarrollo de las ciudades. Se crearon líneas de ferrocarril, se ampliaron vías, aparecieron nuevas propuestas barriales, siempre pensando en la adquisición de riqueza, pero no de paz y tranquilidad de los ciudadanos.

¿Qué más trasciende en la ciudad? Pues se inician las escuelas de arquitectura o escuelas urbanas. Varios teóricos del urbanismo consideran que la ciudad debe ser planeada de acuerdo con las actividades económicas, el crecimiento poblacional y las necesidades que éstas demandan. Se pensó la ciudad, se ideó la forma de hacer vivencial un territorio definido por las factorías que se multiplicaban, principalmente en los países industrializados. Se partió de la convicción, recordando a Duby, que la ciudad fue siempre el foco irradiante del progre-

<sup>18</sup> Duby. *Op. cit.*, p. 18.

<sup>19</sup> Chueca Goitía, Fernando. Breve Historia del Urbanismo. *Op. cit.*, p. 103.

so, el motor del crecimiento, el único lugar donde pudo expandirse una cultura avanzada. Ellos –los historiadores del fenómeno urbano– han considerado por contraste el medio rural como testarudo, limitado, pasivo y rutinario<sup>20</sup>.

Lo anterior confirma lo que bien pensaba Lefebvre, en cuanto que la división social del trabajo material y el trabajo intelectual y, por consiguiente, entre lo natural y lo espiritual, trae consigo funciones de organización, planificación y dirección de actividades distintas. A la ciudad, según Lefebvre, le corresponde el trabajo intelectual, producción científica y filosófica, y al campo, el trabajo material. Pero al interior de la misma ciudad también se da esta división. El trabajo intelectual corresponde a los claustros universitarios y el material, a las fábricas.

¿Qué más aparece en la ciudad a raíz de las transformaciones ocurridas en los siglos XVIII y XIX? Considera Spengler que la ciudad se diferencia de las primeras aldeas por la presencia de un alma ciudadana. El verdadero milagro, dice, es cuando nace el alma de una ciudad. Agrega que súbitamente, sobre la espiritualidad general de la cultura, destaca el alma de la ciudad como el alma colectiva de una nueva especie, cuyos últimos fundamentos han de permanecer para nosotros en eterno misterio. Y una vez despierta, se forma un cuerpo visible<sup>21</sup>.

Lo que Spengler reconoce como alma de la ciudad no es más que el conjunto de tradiciones, sentimientos, costumbres, historias, muy diferente a la percepción arquitectónica o a la morfológica, en la cual la realidad de la ciudad está sustentada bajo una organización física, con instituciones, centros administrativos, edificios, calles, luces, el metro, carros, universidades, museos que la definen y la caracterizan. El alma, entonces, no es lo material, es decir, lo que hace que la ciudad permanezca como ente individual, sino que el alma es lo espiritual, aquello por lo que la ciudad trasciende.

### ¿QUE ES Y PARA DONDE VA LA CIUDAD?

Al inicio del presente ensayo hacía la pregunta ¿De dónde viene la ciudad? La respuesta parecía ser obvia: la ciudad es por esencia anterior a cada uno de nosotros. Bien lo reflexiona Aristóteles y

da a entender que nos determina, nos hace a su imagen y semejanza. No somos más que el reflejo de lo que es la ciudad.

Pero..., ¿qué es la ciudad? En los ensayos que he elaborado sobre diversos temas urbanos también aparece en un sinnúmero de ellos el mismo interrogante, y la respuesta es siempre diferente. En este momento y debido a la pertinencia del tema, sólo basta recordar un poco a Fernando Chueca, cuando plantea que “la ciudad, en última y radical instancia, es un ser histórico. La ciudad no consiste en ser estructura, ni en ser alma colectiva; consiste en otra cosa, cuyo ser es histórico”<sup>22</sup>.

La ciudad tiene su propio mundo, un mundo que le es ajeno a otras ciudades. Al visitar una ciudad se confronta toda una historia reconocida en sus calles polvorientas o adoquinadas, en las fortalezas y en los muros pintados con graffitis, en las casas viejas y en las modernas construcciones...una serie de contradicciones que nos hace pensar –parafraseando a Heráclito– que lo nuevo es lo viejo y lo viejo es lo nuevo. Es un hecho significativo, semiótico, lleno de formas y mensajes. Ciudades como las griegas o romanas, e inclusive las mismas ciudades precolombinas, manifiestan en cada muro, en cada pedazo de tierra, que fueron fundadas por los dioses y que aún habitan en ellas. Porque en sí la religión las deifica, las convierte en santuarios, bien sea de las creencias asentadas en ellas o en postulados de su propia historia.

Cuando se argumenta que las ciudades tienen alma, es porque su estructura misma tiene las bases de lo que es la naturaleza humana: la moral y las creencias. Un arquitecto no podría pensar en la construcción de un edificio si no ha interpretado el sentir y el pensar de sus moradores. Es un complejo cultural, que no sólo tiene estructuras materiales, sino espirituales.

Es preciso recordar un poco en estos apartes lo que bien mencionaba Robert Park: “La ciudad es algo más que un conjunto de individuos y de conveniencias sociales; más que una serie de calles, edificios, luces, tranvías, teléfonos, etc., algo más también que una mera constelación de instituciones y cuerpos administrativos: audiencias, hospitales, escuelas, policía y funcionarios civiles de toda suerte. La ciudad es más un estado del alma, un conjunto de costumbres y tradiciones (...). La ciudad en otras palabras no es un mecanismo físico ni una construcción artificial solamente. Está implicada en el proceso vital del pueblo que la

<sup>20</sup> Duby. *Op. cit.* p. 8.

<sup>21</sup> Spengler. Citado por Chueca. *Op. cit.* Pp. 16-17.

<sup>22</sup> Chueca. *Op. cit.* p. 30.

compone; es un producto de la naturaleza y particularmente de la naturaleza humana”<sup>23</sup>.

Esta es una visión humanista, íntegra de la ciudad, en la cual la mirada por lo estético, lo bello, lo reconocido por el ojo avizor del transeúnte desprevenido o del urbanista consagrado se perfila en el espíritu sensible. Aunque no existe la ciudad perfecta en las dimensiones arquitectónicas o morfológicas, sí existe un alma de la ciudad que la hace sui géneris. Para nadie es un pecado reconocer que Venecia, Florencia, París, Londres, La Habana, guardan en su historia miles de años de perfección. Aún más, cualquier ciudad sea grande o pequeña siempre será un punto de convergencia de conflicto social, observada a simple vista se ve apacible y tranquila, vivirla y reconocerla, se torna caótica. Esa especie de horno latente de convulsión social, lleva a pensar en que “las ciudades como los ofidios cambian de piel, pero su ser permanece inalterable”<sup>24</sup>.

¿Qué más es la ciudad? Parece ser una caja de pandora que esconde en sus anchas avenidas, en los centros comerciales, los herméticos teatros y bares mal situados un mundo de sorpresas. Atrae a unos y aleja a otros, pero observada en la dimensión de la globalización actual, la ciudad en verdad ha perdido su buen gusto, como lo postula Peter Hall al expresar que no hay ningún tipo de dirección cultivada, ni de corrección por parte de la autoridad (...), las influencias del campo neutralizan la ciudad. Y las de la ciudad neutralizan al campo. En poco tiempo todo será neutralidad. La fuerte y masculina virilidad de la ciudad, la suave belleza, la riqueza de la fecundidad de la madre de los hombres, la tierra, se transformarán en una bestia estéril y hermafrodita. Esta es una visión bastante apologética de un autor que ha dedicado la mayor parte de su vida al análisis de los problemas urbanos.

Hay que pensar en estos ritmos y narraciones cotidianas, que la ciudad de hoy, o más bien, la ecumenópolis, según Pirenne, tiene la gran habilidad de convertirlo todo en un problema urbano. En este sentido la tierra tiene un fin comercial, empresarial; la luz solar resuelve el problema de la calefacción del nómada urbano, y así pasa con todo lo que existe a su alrededor. De ahí viene el término neutralidad campo-ciudad-campo.

Su permanente evolución y su desarrollo histórico crean la diferencia entre el espacio de la ciudad y el espacio urbano, en el que de acuerdo

con Manuel Delgado<sup>25</sup>, lo urbano no es un espacio que pueda ser morado. La ciudad tiene habitantes, lo urbano no. Lo urbano es un continente que se acaba de descubrir y que se construye en la medida en que se edifica. Así, Delgado le da cierta apertura a Lefebvre, el cual considera que la ciudad se compone de espacios inhabitados e incluso inhabitables: edificios públicos, monumentos, plazas, calles, vacíos grandes o pequeños. Ahora bien, la narración y los ritmos aquí establecidos ubican la historia de la ciudad como un hecho material, un producto construido, diseñado, planificado.

En cambio, la historia urbana obedece a una vivencia de los hechos, costumbres, tradiciones, el devenir continuo, el paso de los moradores... los permanentes ritmos y transformaciones.

La ciudad es un hecho cultural, una hibridación de formas arquitectónicas, construcciones, paisajes y los testimonios que al paso de los años ha dejado el homo urbano. Lezema Lima<sup>26</sup>, considera que el artista siente la ciudad; siente el estado como una ecuación o como lo decía Nietzsche, “el estado es el más frío de los monstruos”. Siente el artista su ciudad, su contorno, la historia de sus casas, sus chismes, las familias en sus uniones de sangre, sus emigraciones, los secretos que se inician, las leyendas que se van extinguiendo por el cansancio de los fantasmas.

La ciudad está expuesta a esos cambios continuos, a los escapes de su expresión esencial y auténtica. A veces se extingue, se polariza, muere entre sombras y luces diáfanas. Las calles, el clima, no serán los mismos en un mínimo de años. De ella podrán quedar infinidad de recuerdos y nostalgias, pero su muerte es inevitable.

En una frase de Roland Barthes, se podría compilar todo lo anteriormente escrito: “Una vez descubierta, la ciudad es intensa y frágil, no podrá encontrarse de nuevo más que a través del recuerdo de la huella que ha dejado en nosotros: visitar un lugar por primera vez es comenzar a escribirlo: al no estar escrita la dirección, será preciso que ella misma cree su propia escritura”<sup>27</sup>.

Pero todo lo que significa la ciudad y las reflexiones a que ésta conlleva parecen estar encaminadas a una total destrucción. La ciudad, al igual que cualquier otro objeto de disertación,

<sup>23</sup> Park, Robert. Citado por, Chueca. *Op.cit.* p. 35.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 37.

<sup>25</sup> Delgado Ruiz, Manuel. Ciudad líquida. Ciudad interrumpida. Medellín: editorial Universidad de Antioquia. 1999, p. 79.

<sup>26</sup> Lezema Lima, José. Sucesiva o las coordenadas habaneras. En: La ciudad soñada. Gonzáles Oscar Jairo. (Compilador). Medellín: ediciones Holderlín. 1999, p. 53.

<sup>27</sup> Barthes, Roland. Sin direcciones. *Ibid.*, p. 73.



pasaría a la historia. Ya las primeras ciudades de nuestra civilización y las que surgieron en la antigua Grecia, Roma y las de los siglos XV al XIX, no son más que esquivar ante la aglomeración y la miseria que padecen los actuales centros urbanos. Es una masa amorfa, que optó por abrir paso al fenómeno de la globalización, la anarquía y la deshumanización.

La visión planteada por Borja y Castells<sup>28</sup> es que la humanidad se encamina hacia un mundo de urbanización generalizada. No sólo porque los datos indican que la mayoría de la población del planeta vivirá en áreas urbanas a principios del siglo XXI, sino porque las áreas rurales formarán parte del sistema de relaciones políticas, culturales, económicas y de comunicación organizado a partir de los centros urbanos. Si se presenta esa total urbanización en la cual desaparece la dicotomía ciudad-campo, entonces las formas de organización sociocultural y de gestión política también desaparecerán. Es decir, habría una relación de actividades y de población que no permitiría diferenciar qué es lo rural y qué es lo urbano.

En ese instante la ciudad no sabe el ser que es, ha perdido su identidad: el ser ciudad. En palabras de Fernando Chueca, cuando una ciudad ha perdido su propia mismidad, cuando en un cierto estado se ha desvanecido toda referencia a su pasado, es que esta ciudad ha muerto, y ha dado paso a otra diferente.

## BIBLIOGRAFIA

- BERNAL, J.D. (1992): Historia Social de la Ciencia, citado por LEON GUARIN, Libardo. La Ciudad fragmentada. Sociología del Espacio Urbano. Bucaramanga. S.E.
- BORJA, J. y CASTELLS, M. (1998): Local y Global. La Gestión de las Ciudades en la Era de la Información. Madrid: Taurus.
- CABRERA INFANTE, G. (1999): El Libro de las Ciudades. Madrid: Alfaguara.
- CHUECA GOITIA, F. (1998): Breve Historia del Urbanismo. Madrid: Alianza Editorial, p. 7.
- DELGADO RUIZ, M. (1999): Ciudad líquida. Ciudad interrumpida. Medellín: editorial Universidad de Antioquia.
- DUBY, G. (1998): Francia Rural, Francia Urbana. En: Sociología 21. Revista de la Facultad de Sociología de UNAULA. julio.
- HAMBLIN, D.J. (1995): Las Primeras Ciudades. Barcelona: Folio N° 27.
- HALL, P. (1993): Las ciudades del Mañana (traducción Consol Freixa). Barcelona: Ediciones del Serbal.
- KROPOTKIN (1998): The State: Its Historic Role. Fifth. Londres: Freedom Press (1920 pp. 14-19) En: HALL, Peter. Las Ciudades del Mañana (traducción Consol Freixa). Barcelona: Ediciones del Serbal.
- LEZEMA LIMA, J. (1999): Sucesiva o las coordenadas habaneras. En: La ciudad soñada. Gonzáles Oscar Jairo. (Compilador). Medellín: ediciones Holderlín.
- PIRENNE, H. (1997): Las Ciudades de la Edad Media. Madrid: Alianza Editorial (11ª Edición).
- ROJAS LOPEZ, M.B. (1999): Lo Cursi y la Ciudad: Los Sofistas Escandalosos y las Escrituras sin Sentido. En: Revista Universidad de Medellín N° 68, mayo.

<sup>28</sup> Borja, Jordi y Castells, Manuel. Local y Global. La Gestión de las Ciudades en la Era de la Información. Madrid: Taurus, 1998, p. 11.